

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. LUIS ANTONIO BIGGOTT EN EL ACTO DE ENTREGA DE LOS PREMIOS "FRANCISCO DE VENANZI", 1994.

Estimados amigos:

En actos como estos, cargados por una parte de solemnidad y por la otra de bochínche interior, provoca pensar un poco en aquel siglo XVIII cuando alguien, creyendo que el hombre era sólo un ser racional inventó aquello de la objetividad que, caminado el tiempo y muertas innumerables lunas se tradujo en el ser objetivo. Desde entonces se nos pide que cumplamos con esa norma y sobre todo los hacedores de sueños, perdón hacedores de investigación. Resulta que un traspiés de la lógica parece decir que el hombre no sólo razón, cerebro, juicio. Es además corazón, emoción, sentimiento. Es cierto, entonces, como dijo alguien, que Descartes se equivocó cuando dijo «Pienso, luego existo» porque ha debido decir «Pienso y siento, luego existo». Lo subjetivo juega un papel significativo en nuestra existencia. Es por todo esto que el derecho más importante de nosotros-seres de nuestro tiempo es el sagrado derecho a equivocarnos. Equivocación con claridad, transparencia, con sinceridad. No por fastidiar decía Unamuno «pídanme que sea sincero, no me pidan que sea objetivo».

En Venezuela a medida que se fundan

más Universidades e Institutos de Educación Superior el índice de analfabetismo crece. En la medida que se aumenta el número de horas discursivas en el mundo de la teorización agrícola, en el mismo espacio-tiempo en el cual los investigadores que juegan al ajedrez genético en busca de mejoras de especies vegetales y animales, en cada huella, en cada surco que dejan, muere un niño de desnutrición. Si en un acto solidario acordáramos levantarnos y guardar un minuto de silencio por cada niño que muere diariamente en nuestro país ese mal de nuestro tiempo y nuestro espacio, nos encontraría el siglo XXI en silencio. Pareciera que vivimos una trampa descomunal. En la mayoría de nuestras Universidades se encuentra una simbiosis maligna y amorosa a la vez: profesores que asisten a ella más por un sueldo que por un trabajo con alumnos que pasean salones y jardines en busca de un título y no de una profesión. Y sin embargo la Universidad es para nosotros razón de existencia.

Acá, en este Paranaño acompañamos al Doctor Francisco de Venanzi para aquellos que tuvimos la suerte de escuchar sus reflexiones y sentir su

cálida amistad, en su último recorrido por los espacios que fue su mundo, su gran vivencia. El día de su despedida nos encontramos alumnos de todas las Facultades, alumnos en el sentido de vida compartida. La tragedia consistió en que nos veíamos a los ojos y no podíamos reconocernos. Los mismos que gritamos meses atrás consignas libertarias y autonomistas, los que alguna vez rayamos las paredes con consignas relativas a «una vida sin utopías es una muerte adolescente» nos encontrábamos fraccionados. Habíamos olvidado demasiado temprano que el verdadero sentido y destino del hombre es vivir su tiempo, no traicionarlo. Es por todo esto que hoy recuerdo al Maestro. Sólo su recuerdo ha permitido que yo acepte esta distinción. La única obtenida en mi vida de treinta y cinco años de vida como maestro de escuela en todos sus niveles, de aprendiz del alma popular, de cantor solitario de aquellos mensajeros de los dioses: Humberto Cuenca, Salvador de la Plaza, José Agustín y Ludovico, Silva Michelena, José María Bianco, José Vicente Abreu u Orlando Araujo.

Dice Octavio Paz que «La jarra de agua o de vino en el centro de una mesa es un punto de confluencia, un pequeño sol que une a los comensales. Pero ese jarro que nos sirve a todos para beber, mi mujer puede transformarlo en un florero. La sensibilidad personal y la fantasía desvían al objeto de su función e interrumpen su significado: ya no es un recipiente que sirve para guardar un líquido sino para mostrar un clavel».

La docencia es el equivalente de la jarra octaviana, la investigación la mano, el cerebro, el cuerpo que la transforma en el más bello, útil y comprensible mensaje floral. Y sin embargo, quienes

nos acercamos a ese mundo somos incomprendidos, humillados, perseguidos por nuestros fantasmas y por un mundo de insolidaridad que la Asociación para el Progreso de la Investigación Universitaria trata de subsanar en un mundo universitario altamente burocratizado y silencioso.

Amigos investigadores, alguna vez se dijo que Jesucristo tuvo una vida y una sola muerte; nosotros tenemos diferentes vidas y a diario sufrimos innumerables muertes. El poeta Antonio Machado gritaba que «bueno es saber que los vasos nos sirven para beber, lo malo es que no sabemos para qué sirve la sed» y en la transmutación del tiempo, Oscar Wilde aseguraba: «Si, soy un soñador. Porque sólo un soñador es el que puede hallar su camino a la luz de la luna y que, en castigo de eso, ve la aurora antes que el resto del mundo.

Eso es. El verdadero premio que a diario recibimos es ver la aurora antes que el resto del mundo y el verdadero sentido de nuestra existencia es unir, conjugar todo nuestro esfuerzo, toda nuestra investigación para construir un país donde cada uno de sus habitantes tenga un pan del tamaño de su hambre. Nuestro único destino: morir en el camino y no al lado del camino.

Gracias, muchas gracias.
Luis Antonio Bigott

Caracas, 17 de marzo de 1995